

AGENDA CIUDADANA

PRESIDENCIAS DESVANECIDAS: LO INEVITABLE Y LO SORPRENDENTE

Lorenzo Meyer

Entre lo Risible y lo Dramático.- El editorial del *New York Times* fue contundente: “Un presidente que carece del respeto del público y el apoyo del congreso, no puede durar” (12 de septiembre). Se trata de la reacción de los altos círculos liberales al reporte condenatorio de la conducta privada convertida en asunto legal y de ética pública, del presidente William Jefferson Clinton. Pero la otra cara de la moneda es una encuesta de opinión presentada el mismo día por la cadena de televisión CNN: sólo un tercio de los encuestados deseaba la renuncia del presidente.

Es una experiencia singular ser testigo, junto con millones, desde luego, de un espectáculo inusitado, donde lo risible y lo dramático se mezcla de manera alternativa e inextricable con lo serio, lo absurdo, lo patético y lo trágico. El difícil sustraerse al espectáculo del inesperado desmoronamiento del liderazgo del jefe del gobierno del país más poderoso del planeta. En Estados Unidos, la prensa, la radio y la televisión, registran día a día y, en ocasiones, de hora en hora, el acelerado proceso —y el vivo debate al que da lugar— por el cual procesos institucionales amenazan con arrasar a un presidente que lucha desesperadamente por mantener un mínimo de efectividad y, finalmente, el puesto mismo. Acontecimientos cuyo control en buena medida ya no están en manos de nadie, se estrellan con furia contra el presidente aunque no contra la presidencia. Dichos acontecimientos obedecen a viejas reglas claramente establecidas, pero también a una astuta y bien montada campaña montada por los enemigos más conservadores del presidente que aprovecharon descuidos imperdonables de éste.

En el mundo no faltan los casos de presidentes y primeros ministros heridos políticamente. Es más, se puede decir sin exagerar mucho, que un fantasma recorre hoy al sistema internacional: el fantasma de los liderazgos políticos tocados por debajo de su línea de flotación. Los ejemplos son muchos y van desde el gigante económico asiático, Japón, donde un rosario de primeros ministros han mostrado su incapacidad de sacar de la barranca al sistema financiero, hasta el Congo, donde apenas ayer un líder insurgente que parecía iniciar un exitoso y urgente proceso de reconciliación y reconstrucción política por la vía de la concentración del poder, tiene hoy que recurrir a los ejércitos vecinos para impedir que nuevos rebeldes lleguen y lo echen del poder. La lista de presidencias inefectivas incluye, desde luego, a la que fuera la gran potencia socialista y cuyo presidente, Boris Yeltsin, ha perdido casi todo el apoyo interno –le queda algo del externo-- y tiene que aceptar un primer ministro que no es precisamente de su agrado, para ver si un golpe de timón logra detener la imparable depreciación del rublo, el caos económico y la desmoralización de la sociedad. En América Latina hay ejemplos notorios de presidencias inefectivas. Hasta hace poco, Colombia era el caso más dramático, pero hoy México y Venezuela están al frente, aunque en Nicaragua y Perú y en menor medida Brasil y Argentina también se experimenta una importante pérdida del poder presidencial. Sin embargo, en esta lista de jefes del poder ejecutivo heridos, el caso más notorio y espectacular y patético, por ser el menos probable, es del presidente de los Estados Unidos.

Las explicaciones.- Es claro que las explicaciones de la inefectividad simultánea de tantas cabezas de gobierno en países con muy diferentes grados de desarrollo, no son las mismas. En realidad, en cada caso hay que rastrear la historia

particular --la reciente y la de plazo largo--, para llegar a una explicación satisfactoria. Sin embargo, se puede hacer una generalización: los fracasos de los líderes son la suma de una cadena de fallas graves de las instituciones, las políticas y las personas. La excepción es el caso norteamericano.

En la actual crisis presidencial de Estados Unidos no hay la compleja cadena causal que se da en todos los otros países con liderazgos inefectivos. Hasta hace muy poco, los procesos institucionales e históricos norteamericanos apuntaban a un gran final de la presidencia de Clinton: ningún gran desastre internacional directamente atribuible al presidente, una economía en crecimiento y un grado alto de popularidad entre los sectores mayoritarios que aprueban su política social. Para explicar el desastre actual de esa presidencia solo hay que ver una sola variable: la personalidad del presidente Clinton. En efecto, no obstante las variaciones recientes del mercado en Wall Street y los temores entre los especialistas, el votante norteamericano no dan muestra de temer a una recesión. El Congreso, el poder judicial, los partidos, los grupos de interés y de presión, los medios de información, etcétera, funcionan todos dentro de los rangos normales en Estados Unidos. En realidad, la situación de debilidad en que se encuentra hoy el presidente Clinton, --se especula, por primera vez, con su renuncia-- se debe precisamente a que las instituciones políticas funcionan normalmente pero una conducta personal políticamente absurda --mantener relaciones extramaritales y de tipo adolescente en la propia Casa Blanca y luego mentir al respecto a la autoridad judicial-- y una acción de sus enemigos conservadores las activó y las puso en marcha contra el propio jefe del Estado. La explicación de porque se inició el proceso para enjuiciar en el congreso al presidente

de Estados Unidos, corresponde tanto a las ciencias política y jurídica como a la psicología.

Los Inevitables.- La debilidad de presidentes o primeros ministros en casos como Japón, Rusia o México, son resultado de complejas circunstancias históricas, en donde corrupción, fallas institucionales, errores políticos y mediocridad de los dirigentes, se conjugaron para producir procesos de desgaste de sistemas políticos que se habían iniciado de tiempo atrás y cuya solución hoy es difícil en extremo. Los problemas de los tres ejemplos citados son estructurales, conocidos de tiempo atrás y sus crisis inevitables.

En el caso japonés, la democratización de su sistema político fue forzada, resultado de la tremenda derrota militar de 1945. La imperfección y artificialidad de ese proceso se nota al comprobar el largo monopolio del poder por un solo partido: el Liberal Democrático. Tanto poder por tanto tiempo en una poderosa economía dominada por gigantes industriales y financieros, terminó por crear una relación muy corrupta entre empresarios y gobierno. Una consecuencia fue la falta de vigilancia de la política crediticia que finalmente ha desembocado en la bancarrota del sistema bancario, lo que a su vez afectó a lo que sigue siendo una poderosa maquinaria productiva. Del rosario de primeros ministros japoneses que han pasado por el puesto en los últimos años, ninguno ha tenido la capacidad de tomar las difíciles decisiones para enderezar la relación gobierno-grandes grupos empresariales. El último, como algunos presidentes municipales de Oaxaca, casi fue forzado a aceptar el puesto.

En Rusia, el asombroso y rápido desmoronamiento de la URSS y su imperio, fue seguido de un igualmente rápido e irresponsable paso del socialismo al

capitalismo, sin red protectora para una sociedad donde las mayorías no estaba en posibilidad de internalizar y aprovechar las nuevas reglas del juego. El salvaje capitalismo ruso que nació del proceso dejó al Estado y a la sociedad desarmados frente a unos cuantos tiburones financieros y mafias criminales que han acumulado fortunas inmensas. Mientras las promesas de una nueva y mejor vida parecieron plausibles a una mayoría, Yeltsin gobernó como un autócrata, pero a siete años de su dramático ascenso al poder, no tiene nada positivo que mostrar al ruso común y corriente, cuya vida cotidiana se ha convertido en una lucha brutal por simplemente sobrevivir. La falta de poder de Yeltsin es tal, que ha perdido a su primer ministro y, tras semanas de esfuerzos fallidos, ha terminado por aceptar como reemplazo a alguien que no deseaba ver en ese puesto —Yevgeny M. Primakov—, pero lo obtuvo mas por contar con la aceptación de la oposición —básicamente sus peores enemigos, los comunistas— que por el apoyo del presidente. La de Yeltsin es ya una presidencia vacía de poder y posibilidades.

El debilitamiento de la otrora poderosa presidencia mexicana es resultado del agotamiento irreversible del régimen que surgió de la Revolución Mexicana a principios del siglo. Los intereses creados a la sombra de un monopolio del poder que prácticamente cubre casi todo el siglo XX, dieron por resultado una densa red de corrupción e ineficiencias. Al verse forzada en 1982 la clase política mexicana en el poder a cambiar la naturaleza de su modelo económico —de proteccionista a abierto—, la red de corrupción contagió al proceso mismo de cambio. El resultado fue la disolución de la vieja coalición gobernante sin la creación de otra igualmente fuerte y funcional; el resultado es una presidencia impotente. El último indicador del deterioro

del poder presidencial es que en su último informe al congreso, el jefe del Ejecutivo simplemente no pudo abordar ninguno de los temas urgentes de la agenda nacional.

El Caso Inesperado.- El lugar donde menos se podría esperar una crisis de la presidencia es en unos Estados Unidos ricos, que han triunfado de manera espectacular sobre su viejo enemigo global --la Unión Soviética y el socialismo--, que experimentan uno de los períodos más largos de crecimiento económico en su historia y cuyo modelo económico --el neoliberal-- es el tambor que marca el paso al que marcha, le guste o no, el resto de la humanidad. Y sin embargo, es en Estados Unidos donde ha estallado una crisis presidencial de grandes dimensiones y que tiene a la sociedad irritada, polarizada y abochornada, aunque no preocupada, y al resto del mundo, sorprendido, confuso y algo divertido.

Simplificando, el problema del presidente Clinton se puede explicar así. Los enemigos de un presidente demócrata, que en términos norteamericanos --y subrayo lo de norteamericanos-- se encuentra situado en el centro izquierda, pertenecen a una derecha muy conservadora. Esa derecha, entusiasmada por sus triunfos históricos --la derrota y destrucción de la URSS, el triunfo de la globalización y la cuasi destrucción del estado benefactor e interventor-- encuentra inaceptable las políticas presidenciales que buscan reformar y revitalizar el sistema de seguridad social. Esa derecha esta representada por el fiscal especial, Kenneth W. Starr --un conservador, hijo de un predicador rural de Texas-- quién logró transferir su investigación de cuatro años y 40 millones de dólares del llamado caso Whitewater --una infructuosa búsqueda de complicidades del matrimonio Clinton en un fraude de bienes raíces en Arkansas-- a las implicaciones legales de una vieja y muy conocida debilidad del presidente: su falta

de control sobre sus apetitos sexuales y sus affaires extramaritales. Lo extraordinario de lo logrado por Starr es la politización de un tema no político gracias a un manejo muy profesional de la legislación vigente y a serie de errores –estupideces-- de un presidente hasta no hace mucho relativamente exitoso y que podía impulsar nuevos triunfos de su partido, el Demócrata, pero que hoy lo ha debilitado precisamente por el escándalo que envuelve al presidente.

Históricamente, la búsqueda de múltiples relaciones sexuales es una conducta muy común entre los hombres del poder –del rey David a John F. Kennedy— y Clinton no resultó la excepción. Sin embargo, la vida sexual de los reyes o presidentes rara vez se ha convertido en un problema político. Si este es hoy el caso en Estados Unidos, es porque el agresivo Kenneth Starr logró poner al presidente en la situación de mentir ante una instancia legal sobre la naturaleza de su relación íntima con la joven becaria de la Casa Blanca, Monica Lewinsky. Y lo que es peor, con el pretexto de la exactitud legal, Starr ha hecho un recuento de los juegos sexuales del presidente, que es digno de una revista pornográfica y no de un documento legal diseminado por todo el mundo. Clinton va a defenderse, y quizá tenga éxito, pero el golpe dado por el hijo del predicador a la imagen del presidente, ni Dios se lo quita.

Conclusión.- A diferencia de Japón, Rusia o México, el desastre del presidente de Estados Unidos no afecta en lo sustantivo a las instituciones centrales del sistema político, sólo a las personas y a los resultados electorales del futuro inmediato. Para bien o mal, el sistema en su conjunto se mantiene fuerte y sus variables se mueven dentro del rango de la normalidad. En contraste, en las otras crisis actuales de liderazgo, incluida la mexicana, el problema es más complejo –estructural--, afecta a la

sociedad en su conjunto y sus efectos son más difíciles de predecir.